

Llevaba corriendo más de veinte minutos, sin pararse ni una sola vez para recuperar fuerzas. Veinte minutos de una sola tirada y a buena marcha, como un atleta de verdad. Le ayudó el ejercicio de concentración: fijarse un objetivo (huir de los imbéciles que le perseguían), confiar en sus posibilidades (las carreras de la escuela, los notables en educación física, el *footing* de los sábados del verano con su padre en el pueblo) y una meta real (llegar como mínimo a la rotonda que hay a la salida del pueblo, desde donde se coge el carril para acceder a la autopista). El ejercicio, más o menos inconsciente, resultó ser un éxito: ya no veía a sus perseguidores, las piernas soportaban bastante bien el ritmo de la carrera, respiraba con



facilidad, aunque tenía un poco de flato, y había dejado atrás la rotonda y avanzaba, campo a través, por una especie de atajo paralelo a la carretera nacional.

Tras veinte minutos de carrera, en mitad de un campo cubierto por el rojo de las amapolas, se detuvo por primera vez y se giró para comprobar que no le seguían. A su alrededor no se veía un alma. Entonces, jadeando, se arrodilló en el suelo y se frotó los ojos y la frente. Sudaba. Le asaltaba una rabia que no podía controlar contra aquellos malnacidos. En la plaza del pueblo había abandonado la mochila en la que llevaba, además de los libros, el móvil. Y sin el móvil no podía avisar a nadie. Le preocupaba lo que podrían haber hecho Patricia y Rafa, testigos del encontronazo con la banda del Bizco, después de su fuga desesperada, cuando todos aquellos canallas se pusieron de acuerdo para cazarlo. Vete a saber si Patricia y Rafa habían vuelto al instituto para alertar a los profesores, o habían ido a su casa para avisar a su madre de lo que estaba pasando. Se preguntaba, a fin de cuentas, si alguien habría conseguido detener el

propósito de aquellos idiotas. Si estaba a salvo. Si podía retroceder y volver a casa sin miedo.

De rodillas, resoplando después de la carrera, tenía la obligación de concentrarse otra vez y decidir qué hacer a partir de ahora. Se sentó en el suelo, sin pensar si se ensuciaría los pantalones, y se sujetó la cabeza con las manos. No, no debía llorar. Ahora no tocaba llorar. Era necesario concentrarse y buscar una solución. Y hacerlo solo, sin preguntar a nadie, sin llamar por teléfono a nadie, sin saber nada.

Pero entonces escuchó el estrépito del motor de las motos que se estaban acercando.

Venían dos, la de Quim y la del Bizco. Presumiblemente eran ellos mismos quienes las conducían. El Bizco seguro: él nunca dejaría a nadie su Aprilia RS. La Derbi Senda de Quim podía ser que la condujera alguien que no fuera él, por ejemplo Román, que nunca se separaba del Bizco, o incluso Lolo.

No perdió tiempo en averiguar la identidad del segundo motorista, porque enseguida se incorporó y comenzó a correr de nuevo, ahora campo a través,

alejándose de la carretera. La persecución se había hecho menos equilibrada y más peligrosa: ya no era uno contra cuatro a pie, sino uno a pie contra dos motorizados, y ahí tenía las de perder. A los frenéticos motores de las motos y el derrape de las ruedas, se añadía el griterío de aquellos dos despiadados perseguidores, que emitían exclamaciones de victoria e insultos groseros que no dejaban ninguna duda sobre las intenciones que llevaban. Tampoco había tiempo para valorar la repercusión de lo que pasaría si lo pillaban: era preciso correr para evitar las consecuencias de un posible enfrentamiento cara a cara.

Manteniendo el ritmo de la carrera, con las espigas del trigo a media pierna, tropezando de continuo con los hoyos del terreno y con la visibilidad nublada por el esfuerzo, el sudor y el sofoco, recordó la existencia de la vieja fábrica Can Serra, que no debía de encontrarse muy lejos. La construcción medio en ruinas se alzaba unos doscientos metros monte adentro, justo después de la rotonda. Si corría campo a través, acertaría camino: solo había que orientar la carrera unos cuantos

grados a la izquierda y seguir recto. La vieja fábrica no representaba la salvación, por supuesto, pero la carrera no podía continuar eternamente, con la desventaja de que él la estaba haciendo a pie y los otros en moto. En Can Serra, como mínimo, se podía esconder. Pese a la esperanza que suponía aquel refugio precario, la vieja fábrica tenía un grave inconveniente. En cualquier otra circunstancia, ese inconveniente sería insalvable, pero entonces, mientras huía a toda prisa de sus perseguidores, no había nada que pensar ni nada que temer. Porque precisamente con miedo y desconfianza se fomentaba el escollo insalvable que representaría la vieja fábrica: Can Serra era el símbolo del miedo para todas las generaciones de niños y jóvenes que vivían o habían vivido y crecido en el pueblo.

Desde siempre, Can Serra, la vieja fábrica abandonada, había sido el hogar de los fantasmas, de los ogros, de los secuestradores de niños, de los asesinos sanguinarios y sin escrúpulos que poblaban las leyendas y las pesadillas de los habitantes más inocentes de la comarca. En Can Serra había nacido Enfurruñado, un viejo hediondo y deforme

que de noche caminaba por el pueblo y raptaba a los niños y a las niñas que no dormían. Hasta aquellas viejas ruinas iban a parar los pequeños que se perdían en el bosque, los que no volvían a casa después de haber salido a buscar caracoles o setas; Enfurruñado les tenía preparada una comida asquerosa que supuestamente elaboraba con los cuerpos de los otros niños que hasta allí habían llegado previamente. Enfurruñado disponía de un congelador de tamaño industrial donde se conservaban, bajo cero, los niños y las niñas que no creían a sus padres, los niños y las niñas que hacían enfadar a sus familias, los que no respetaban a sus profesores. Congelados, con las facciones cristalizadas, reposaban los que no llegaban a casa a la hora convenida. Los ladronzuelos, los creídos, los mal educados. También estaban los que no se terminaban el plato que su madre ponía en la mesa, los que no paraban de hacer pillerías. Allí estaba el niño de Murcia que había salido en el telediario y al que sus padres buscaban desesperadamente por toda España; y la niña holandesa desaparecida del chalet que sus abuelos habían alquilado en la montaña

para pasar el verano. Todos los niños y niñas imprudentes estaban en Can Serra, congelados, a punto de convertirse en platos que Enfurrñado condimentaba para las visitas de más niños y niñas imprudentes que acudían a verlo y a los que también congelaba una vez degustaban las macabras exquisiteces de su cocina caníbal.

Antes de Enfurrñado, explicaban las abuelas, en Can Serra había vivido un maqui sin cabeza: una especie de bandolero fantasma de la época de la guerra, armado con una escopeta, pero sin cabeza. Se decía que era el espíritu de un viejo soldado de la República al que habían decapitado los nacionales una vez capturado y que había vuelto a la vida, incompleto, pero preparado para llevar a cabo su venganza implacable sobre todos aquellos que habían aplaudido la victoria de Franco y de los fascistas, que, según las abuelas, habían sido, ya fuera por voluntad o por imposición, la inmensa mayoría. El fantasma decapitado atemorizaba a todos los niños y niñas de la posguerra, descendientes de aquellos que no habían podido evitar su muerte ni la de sus familiares.

Después de Enfurruñado, Can Serra estuvo habitado por una legión de gitanos sin alma que secuestraban niños y niñas y los ataban con cadenas a unos postes de la antigua fábrica y los alimentaban con desperdicios, antes de convertirlos en pienso para engordar a sus animales. Los gitanos tenían la facultad de ser invisibles durante el día, pero por la noche se transformaban en seres de carne y hueso, momento que aprovechaban para capturar a los chavales. Mucha gente había visto las hogueras que hacían afuera, de noche, y donde asaban a las vacas y a los cerdos que habían engordado a base de cuerpos infantiles.

En los últimos tiempos, Can Serra estaba ocupada por borrachos, locos, drogadictos, violadores, asesinos en serie y toda clase de personajes siniestros que hacían que ningún menor se acercara a la antigua fábrica. Era un lugar de difícil acceso y quedaba alejado del centro del pueblo, factor que dificultaba ya de por sí la presencia de curiosos. No obstante, algunos, cuando ya no tenían ni ocho ni diez años, sino más bien trece o catorce, aprovechando una excursión en bici; o algunos más

mayores, volviendo en coche de la discoteca, se aventuraban a detenerse cerca de las ruinas, incluso se acercaban a tocar las paredes o a espiar por detrás de las ventanas sin cristal, pero eran muy pocos los que sin haber cumplido los veinte se atrevían a cruzar el marco sin puerta de la entrada. Los que lo hacían, jóvenes de veinte y pocos años, contaban que no habían encontrado nada ni nadie, o tal vez sí, tal vez un indigente que había hecho una hoguera, o un par de yonquis pinchándose o una vieja borracha que hacía sus necesidades en una esquina. Pero en cuanto estos jóvenes intrépidos se hacían mayores y empezaban a tener hijos y sobrinos, Can Serra volvía a ser una especie de sucursal del infierno donde se cometían los crímenes más escabrosos y donde vivía gente malvada y enferma que había perdido el norte.

La conjunción de todas aquellas imágenes de terror infantil a buen seguro pasaron por su cabeza en el momento en que vio, a lo lejos, la silueta de la fábrica. Estaba terriblemente cansado y las piernas ya no respondían al impulso de huir. Le costaba respirar, el flato persistía y le dolía el costado,

por lo que necesitaba parar y recuperar fuerzas. Debía entrar en Can Serra y esconderse. Él ya tenía quince años y no le asustaba encontrarse una banda de rumanos viviendo en la miseria, o un viejo desquiciado o un yonqui ansioso. Can Serra, en aquellas circunstancias, era un refugio y no una trampa. Además, ahora que ya había saltado el muro medio derruido de poca altura que delimitaba el perímetro de la antigua fábrica, pensaba en cómo reaccionarían los perseguidores de las motos cuando descubrieran que había entrado en Can Serra, cómo juzgarían su valentía, su atrevida actitud, eso que, aunque solo en apariencia, lo empujaba a entrar en las ruinas ajeno por completo al miedo. ¿Se atreverían a imitarlo? ¿Dudarían a la hora de abandonar las motos y penetrar en el escenario de las pesadillas de su infancia?

Todavía había luz del día. La claridad, el Sol que aún no se había puesto, el sonido tranquilizador del fru-fru de las hojas en las ramas agitadas por el viento... todo ello, junto con el deseo imperioso de esconderse y descansar, hizo que entrara directamente en la antigua fábrica por la puerta

principal, que ya no existía, y se adentrara, todavía corriendo, en su interior. Allí reinaba la penumbra y un desagradable olor lo impregnaba todo. La luz de la tarde entraba por los ventanales sin cristal y gracias a ella pudo descubrir las pintadas que había en las paredes, los restos de una hoguera y un montón de latas de cerveza vacías que se acumulaban en un rincón. Aquel espacio debía de haber sido el vestíbulo de entrada, pero ahora no era nada sino una estancia amplia y de techo alto, sucia y pestilente, carente de cualquier presencia que pudiera amedrentarle. No podía quedarse allí, por supuesto, pues si los otros se atrevían a entrar, lo encontrarían enseguida. Debía continuar y traspasar una de las cuatro aberturas que había en cada una de las paredes de aquella enorme sala. Por intuición escogió la de la derecha. Solo había una ventana en el nuevo espacio que pisaba, una ventana pequeña cubierta con una tela rojiza que parecía una cortina. ¿Quién había clavado, con cuatro chinchetas, aquella tela sobre el marco de madera carcomida de la vieja ventana? ¿Alguien que aún habitaba en el caserón? ¿Alguien que vivía allí y

que tal vez pudiera salir de repente y asustarlo más de lo que ya estaba?

Escuchó nítidamente el motor de las motos que habían llegado al muro que servía de límite. Se paró y aguzó el oído, pero no pudo oír qué decían los motoristas, en caso de que estuvieran hablando. Aun habiendo detenido las motos, seguían con el motor en marcha y continuaban dando gas desde el acelerador, sin pausa. Valoró la situación apoyando la espalda contra la pared de la habitación de la cortina. Poco a poco, exhausto, se dejó caer al suelo. Los motores seguían encendidos. Lo más probable era que entre sus perseguidores hubiera surgido la duda sobre qué hacer. Sentado en cuclillas, jadeando y con la frente empapada en sudor, esperaba la reacción de los otros con la esperanza de que en última instancia se echaran atrás y se fueran por donde habían venido. Una vez en el pueblo, de vuelta, alegrarían que se les había escapado o que lo habían perdido. Entonces él esperaría aún un rato, tal vez hasta que oscureciera del todo, y tan pronto se viera descansado, se pondría a correr otra vez y entraría en el pueblo

por el sur, no fuera que esos canallas le esperasen cerca del instituto, allí donde se había iniciado la pelea.

Pero los motores se pararon, y su agotado corazón volvió a latir a cien por hora. Sin el ruido de las motos pudo escuchar la algarabía:

—¡Eh, tú, imbécil!, ¡ya te tenemos!, ¡ya te hemos pillado, tío!

El que gritaba era el Bizco. Imaginó que lo hacía desde lo alto del muro, momentos antes de saltar. Se le escapó la risa: ¡el muy macho ni tan siquiera era capaz de saltar el muro para acceder a la casa!

—¡Sal! —gritó Román. Ahora sí que ya reconocía al que acompañaba al Bizco—. ¡Será mejor que salgas tú y no tengamos que entrar nosotros, gilipollas!

«¡Sí, sí, seguro que para vosotros es mejor, cobardes, más que cobardes!» pensó, todavía con la sonrisa en los labios. A continuación escuchó el impacto de dos cuerpos contra el suelo: ¡Por fin se habían atrevido a saltar! Ahora solo faltaba que se atrevieran a entrar.

—¡No nos lo hagas repetir, pringado! Sal de una vez si no quieres recibir una buena! —gritó Román.

«Me vais a esperar sentados» pensó él. Por el tono de voz de Román supo que estaban afuera, que le hablaban desde el exterior. Escuchó cómo conversaban o discutían en voz baja y se imaginó que buscaban excusas para no tener que adentrarse en aquel espacio tan inhóspito. Percibió unos pasos por fuera, como si bordearan la fachada. Cinco segundos después vio, a través de la cortina roja, como pasaban las dos sombras por delante de la habitación en la que estaba escondido.

—¡Es mejor que salgas, imbécil! —insistía el Bizco—. ¡Es mejor que salgas!

Pero él no se movió.

—Tendremos que entrar —oyó cómo hablaba Román.

Las dos cabezas estaban delante de la cortina. De pronto tuvo un presentimiento, se coló a toda prisa y a gatas por la puerta que tenía delante. En ese mismo momento, uno de los dos perseguidores arreó un puñetazo contra la cortina roja y la desen-ganchó por la parte de arriba.

—¿Estás aquí, malnacido? ¿Quieres hacer el favor de salir, payaso?

¡Se salvó por los pelos! El Bizco había gritado mientras se asomaba por la ventana. Si no se hubiera escondido, lo habrían descubierto allí mismo, sentado en el suelo. Suspiró. Se había metido en una habitación completamente oscura, que no tenía ninguna abertura. Pese a la penumbra, muy cerca de la pared distinguió el inicio de unas escaleras. Caminó por encima de unas basuras hasta la pared de la que arrancaban los peldaños. Botellas de plástico vacías, envases de tetrabrik arrugados, hojas de periódico, colillas de cigarro, bolsas de plástico... Caminaba con miedo de pisar un excremento, o un animal muerto, por ejemplo una rata, aunque mejor muerta que viva, pensó al instante. Al llegar a la pared contraria descubrió que no solo había una escalera que ascendía, sino que, junto a ella, otra que iba hacia abajo. Una que sube al piso de arriba, empezó a rumiar, y otra que desciende al de abajo, tal vez un sótano o un almacén. Se quedó un rato quieto, inmóvil, con la espalda contra la pared, una esca-

lera a la derecha y otra a la izquierda, atento a los movimientos que pudieran hacer los que le seguían. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad y de esta manera, distraído, pudo leer en la pared frente a la que esperaba dos palabras. Alguien las había escrito con un *spray* de grafitero, pero sin ninguna gracia. Solo dos palabras y dos flechas: «Paraíso» y una flecha que apuntaba a la escalera que subía, e «Infierno», con una flecha que apuntaba a la que bajaba. «Un dilema», pensó, y le entraron ganas de reír. Los valientes de las motos no se atrevían a entrar, eso estaba claro. No oía ningún ruido, ningún paso, ningún salto: los de las motos estaban más cagados de miedo que él.

Paraíso o infierno. Tenía que decidir por cuál de las dos escaleras se aventuraría en caso de que entraran.

—¡Te tenemos pillado, idiota! ¡No hagas que se nos acabe la paciencia! —escuchó que gritaba el Bizco, a buen seguro todavía afuera, asomándose por la ventana de la cortina.

Tuvo claro que, en caso de emergencia, él elegiría subir al «Paraíso». El Infierno, el sótano, sería

una ratonera, una trampa. Si donde se hallaba ahora ya estaba lleno de mugre, el sótano debía de ser mucho peor. Además, era consciente de que el Paraíso tampoco presagiaba nada bueno y que estaría tan lleno de mierda como la habitación que ahora pisaba, pero allí, al menos, debía de haber ventanas y, en última instancia, podría saltar, caer sobre unas matas y huir. Pero en ese preciso instante, sintió el impacto de unos pies contra el suelo y la voz del Bizco.

—¡Ya estamos dentro! ¡Ya no te escapas!

Sin perder un segundo empezó a subir los escalones rumbo al Paraíso.